

## CAPITULO XVI.

### Los dos amigos.

El toque de ánimas sonaba en el convento de San Diego, en la Parroquia de la Sta. Veracruz, en Sta. Isabel y Corpus-Cristi, templos que se destacan en las cuatro calles que rodean la frondosa Alameda de México. La luna, en su plenitud, bañaba suavemente el espeso ramaje de los corpulentos árboles, cuyas tupidas copas se mecían al impulso de un ligero viento, como una flotante nube cobijando el misterioso recinto de las Driadas y de las Napeas. En un nicho colocado en la parte exterior del hospital de San Juan de Dios, asilo santo de la caridad, se veía la milagrosa imagen de

un San Antonio de piedra, alumbrada por la moribunda lámpara que la piedad y la devoción le dedican, y ante la cual se descubrían la cabeza, con religioso respeto, las pocas personas que de vez en cuando atravesaban la solitaria calle. Aun cruzaban la atmósfera los penúltimos ecos del sonoro metal de las campanas, cuando dos hombres, que marchaban juntos, se detuvieron en la esquina de la oscura plazuela de la Santa Veracruz.

—Aquí estamos perfectamente:—dijo uno de ellos:—amparados por las sombras, le veremos llegar sin ser vistos, y le sorprenderemos.

—Si; este es el sitio mas á propósito:—contestó el otro.—Pero ¿no habrá pasado ya?

—No; estoy seguro; aun tendremos que esperar algunos instantes.

—En ese caso, ocupémoslos hablando de las hermosas que han concurrido al día de campo, pues así pasará con mas rapidez el tiempo.

—Me parece que alguna de ellas se ha llevado un pedazo de tu corazón.

—Dí mas bien que se lo ha llevado entero.

—Lo he conocido.

—No es extraño.

—Y aun te puedo decir quién es.

—Véamos.

—María.

—La misma.

—Hace mucho tiempo que he leído en tus ojos la pasión que le consagras, á pesar de tu reserva.

—¿Reserva? no: varias veces te he dicho que me gusta.

—Pero no que la amas; y de gustar á amar, hay una distancia notable.

—Pues bien, Miguel, es cierto: la hermosura de tu simpática prima me tiene cautivado: es el tipo mas seductor y perfecto que he visto en mi vida.

—¿Tanto te agrada, Enrique?

—Sí; con ella me consideraria el mas feliz de los hombres. Es la exacta copia de los ángeles; como ellos pura, y como ellos tambien aérea y celestial.

—¿Dichoso tú que puedes revestir los ob-

jetos que te rodean, con el brillante ropaje de una ilusión no desvanecida!... ¡Dichoso tú que no has analizado las cosas que exaltan tu imaginación, porque así no has podido ver sus miserias, su fealdad y su repugnante esencia!

—Objetos hay, Miguel, que cuanto mas se examinan, mas bellezas descubren que no se pueden notar al primer golpe de vista.

—Sí; pero esas bellezas están escondidas entre millares de defectos que de lejos te deslumbraron. Desengáñate, Enrique: el análisis es la tumba de las ilusiones: la imaginación vuela mas allá de la realidad y de lo posible. Las obras mas exquisitas de cuanto admiramos en la naturaleza, descubren lunares que las vuelven horrorosas, si se colocan bajo el dominio del severo microscopio analítico. Acércate á ese plateado mar que de lejos remeda un inmenso y tranquilo espejo, donde se dibuja el inmenso cielo con todos sus astros, y te sobrecojerás de espanto al escuchar los imponentes rugidos de sus brillantes olas, que alzándose cual inmensas montañas, amenazan

tragarte y sepultarte en sus profundos senos. Aproxímate á ese espesísimo bosque poblado de gigantescos árboles todos lozanos, cubiertos de verde y fresco follaje, formando con sus anchas copas una vistosa bóveda flotante que no puede penetrar el sol, y descubrirás carcomidos troncos, raquíticos arbustos, repugnante maleza, tronchadas ramas y secas y podridas hojas. Remóntate á ese nubífero pabellon que sobre nuestras cabezas oscila mansamente, como una cortina de luciente gasa al soplo ténue de las áuras; examina los miríficos matices de oro, plata y azul con que lo visten los moribundos rayos del sol que, al descender al ócaso imita en las transparentes nubes mil figuras de fantásticas formas, y solo encontrarás húmedas sombras, vapores impalpables, miseria, nada. El pabellon, los magníficos matices y las fantásticas figuras que te deslumbraron, desaparecerán como las venturas de un delicioso ensueño. Acércate á esa bellísima jóven de faz angélica, mas hermosa que las hurís del Profeta, bella como el recuerdo del bien perdido; tierna como las

flores al primer albor de la mañana, de dulce mirada, de seductora sonrisa, de encendidos y frescos labios, de grandes y negros ojos, donde se ve brillar la luz de la inteligencia, del cariño, del amor mas puro.... Acércate, repito, á esa mujer que divinizas y que la juzgas digna de habitar las regiones celestiales; á ese cándido sér de seductoras formas que finge la mente lleno de interesante pudor, de angélica ternura y de invariable corazon.... Pero no; detente, si no quieres destruir todas esas ilusiones que forman la felicidad del hombre: no la examines de cerca, si no quieres que se destruya el encanto con que la habia engalanado tu ardiente imaginacion: contéplala de lejos, yo te lo aconsejo: acercarnos á la mujer á quien hemos revestido de una pureza ideal, es profanar la divinidad creada en nuestra mente; matar nuestros encantos; destruir nuestras risueñas ilusiones; humanizar el ídolo á quien rendíamos religioso culto; hallar un sér con todas las miserias de nuestra miserable raza, donde esperábamos encontrar un impecable querubin, libre del

orgullo y de la debilidad que dominan en el corazón humano.

—¿Y colocas á María en el número de las mujeres de sentimientos vulgares?

—No; la coloco en el número de las que el mundo denomina ángeles; en el número de las que el hombre, pródigo en alabanzas, señala como modelos de virtud; en el número en que se encuentra tu adorada hermana; y tú sabes que Luisa, esa mujer en quien yo creía, como se cree en el amor invariable de una madre, destruyó todas mis lisonjeras esperanzas de felicidad, porque no tuvo toda la fortaleza de alma de que yo me la figuré dotada, para resistir al mandato de su moribundo padre, que iba á labrar su desgracia y la mía.

—¿Y por qué no olvidarla?....

—Mas fácil es que las aves olviden su vuelo, el avaro el arca donde tiene guardado su tesoro, y la tierna madre el fruto querido de su primer amor, que yo á la mujer que amo con todas mis potencias.... Pero dejemos esta conversacion, que tanto

mal me hace, y adelantémonos hácia la casa de Fernando.

—No: esta es la calle única por donde tienen que pasar los que van de San Fernando al centro de la ciudad, y el rumbo que debe traer mi hermano político.

El bulto de un hombre que se acercaba se dejó ver de repente.

—Retírate un poco, Miguel, dijo Enrique; pues, si no me engaño, es Fernando el que se acerca.

Miguel se retiró al fondo de la oscura plazuela, y su amigo permaneció esperando.

El hombre, cuyo bulto habian visto á lo lejos, llegó adonde estaba Enrique, y al conocerle, exclamó alargándole la mano.

—¿Tú por aquí, Enrique?

—Ya lo ves.

—¿Estás esperando á la señora de tus dulces pensamientos?....

—Nada de eso: iba á hacer una visita á un amigo que vive aquí cerca; pero ya que he tenido la dicha de encontrarte, prefiero ir en tu compañía.

—Siento no poder dedicar este momento

á pasearme contigo: precisamente me acaba de enviar un recado urgente el marqués de B.... persona de quien he recibido distinguidos favores y....

—Si es así, no digo nada.

Bien sabia Enrique que Fernando buscaba alguna disculpa para desprenderse de él, y por lo mismo se habia ofrecido á acompañarle. El esposo de Luisa, para quien sin duda los momentos eran urgentes, volvió á alargar la mano á su cuñado para despedirse de él. Esta impaciencia hizo que Enrique fijara sus ojos en el vestido que Fernando llevaba. Su imaginacion, herida como estaba ya, por la sospecha que de su incalificable conducta albergaba, le hizo ver en este momento, lo que nunca hasta entonces habia llamado su atencion; esto es, el modo raro con que generalmente se vestia de noche. Efectivamente; su ropa, aunque cortada á la moda, tenia un no sé qué de extraño, que llamaba la atencion del hombre pensador. Algunas veces se presentaba con todo el vestido de un azul oscuro y el chaleco blanco: otras vice-versa, negro éste

y blanco aquel; y con bastante frecuencia de riguroso luto.

La noche en que nos encuentra nuestra historia, llevaba un traje singular en todas sus partes. Componiase de una levita corta de casimir rayado con grandes botones negros; pantalon del mismo género; chaleco de raso negro, corbata encarnada, y sombrero de paja muy fino con una ancha cinta negra que remataba en un gracioso lazo.

Fernando, que advirtió la curiosidad con que Enrique examinaba su vestido, trató de cortar la conversacion, y se despidió á poco, tratando de disculparse, por no poder admitir su compañía.

—¿Miguel?

Gritó Enrique cuando se alejó su cuñado, llamando á su amigo que habia permanecido durante el diálogo en el fondo de la plazuela.

—¿Qué hay?

Dijo Miguel, acercándose adonde estaba Enrique.

—Que ahora mas que nunca estoy empeñado en descubrir la verdad.

- Pues ¿qué has sabido?
- Nada; pero sígueme, que Fernando se va alejando demasiado.
- Estoy á tus órdenes. Marchemos ya que tú te empeñas en seguir sus pasos.

Y los dos amigos violentaron el paso para no perder de vista á Fernando que trataba, al parecer, de ganar el tiempo que habia perdido hablando con su cuñado.

## CAPITULO XVII.

El secreto.

Enrique y Miguel seguian á Fernando á distancia conveniente para no ser vistos.

La noche era clara como lo son las noches de luna bajo el limpio cielo de Mexico.

Esta circunstancia les era contraria á los primeros que, para no ser vistos del último, se veian obligados á no seguirle tan de cerca como hubieran deseado.

Fernando, á quien ninguna de estas consideraciones detenian, caminaba tan aprisa, que atravesaba ya el espacio que média de la esquina de la Mariscala á la calle de San Andrés, cuando aun los otros no pasaban del templo de la Santa Veracruz,

No era un hombre, era una sombra arrebatada por algun espíritu invisible.

—Mucha prisa lleva.

Dijo Enrique á Miguel, apretando un poco mas el paso.

—No anda, sino que vuela.

Contestó éste.

—Ha cogido la acera bañada por la luna, y esto nos favorece: ahora podemos correr hasta aproximarnos á él.

Y Enrique y Miguel violentaron el paso, más como perseguidos, que como perseguidores.

Parecian dos fantasmas impalpables, vaporosas, que se desprendian de un edificio para embutirse en otro: dos séres aéreos cuyas sombras desaparecian instantáneamente de una pared, para dibujarse en el acto en otra y otra.

Ya no les separaba mas que unas doce varas de Fernando, cuando éste torció la esquina de Betlemitas.

Entonces, seguros de no ser vistos, echaron á correr, temiendo que el esposo de

Luisa penetrase en alguna casa antes de darles tiempo á que llegaran.

Pero Fernando seguia su camino sin detenerse, y pronto cruzó á la izquierda, entrando en la calle de S. Francisco, que tambien atravesó con la velocidad del pensamiento; luego tomó á su derecha la del Coliseo, siguió la plazuela del Colegio de las Niñas, la calle de las Damas, y torció á la del Puente-Quebrado.

Enrique y Miguel llegaron á la esquina, y se detuvieron en ella, al mismo tiempo que el cuñado del primero hacia alto enfrente á una puerta, á la cual sin duda habia llamado ya.

Los dos amigos se detuvieron y aplicaron el oido.

La voz de una persona que hacia desde adentro algunas preguntas á que contestó Fernando, se oyó de repente, pero sin que se entendiera ni una sola de las palabras que cruzaron.

Poco despues la puerta se abrió lo muy preciso únicamente para que cupiera un

hombre, y Fernando entró sin volver atrás la cabeza.

—Me ha engañado:—dijo Enrique deteniéndose en la acera contraria y enfrente de la puerta que se volvió á cerrar inmediatamente.—Esa casa no pertenece á la persona de quien me ha hablado.

—Bien lo veo;—contestó Miguel.—Pero ¿no adviertes cómo de rato en rato, y con mucho sigilo, van entrando uno á uno algunos hombres vestidos de la misma manera con que va esta noche Fernando?

—Efectivamente; tienes razon: no habia reparado en ello.

Y ambos quedaron observando con la mayor atencion lo que pasaba.

Por fortuna, la acera en que permanecian, no era la bañada por la luna, y esto les ponía á salvo de ser vistos.

Media hora habria trascurrido desde que permanecian en aquel sitio, sin que nada vislumbrasen de lo que podia motivar aquella reunion de hombres que con tanto misterio habian visto penetrar en el edificio.

La puerta hacia gran rato que permane-

cia cerrada sin que nadie volviese á llamar á ella.

Ni un acento, ni una luz, ni el mas leve ruido venia á turbar la quietud que reinaba dentro de sus elevadas paredes.

La calle estaba sola y triste como el hombre necesitado.

Solo en el corto hueco que dejaba una puerta, se veia sentado y embutido en él, por decirlo así, al sereno que, con el sombrero de hule metido hasta los ojos, con el machete colocado entre las piernas y envuelto en su *jorongo* (1) roncaba tranquilamente.

Enfrente á él, pero en medio de la calle, se veia el farol de este antípoda de Argos, cuya opaca luz parecia participar del sueño de su amo.

—¿Has visto jamas un silencio mas sepulcral?

Dijo Enrique, cansado de esperar inútilmente.

(1) Manta finísima matizada de vistosos colores que la usa la gente del pueblo, y aun las personas pudientes cuando montan á caballo. Las hay desde 8 duros hasta 200.

—Pero no es eso lo que mas llama mi atencion—contestó Miguel—sino el que no se descubre luz ninguna al traves de las ventanas y de los balcones.

—Tienes razon; ¿qué podrá ser?

—Fácil es saberlo.

—No lo veo yo tan fácil.

—Y sin embargo, nada hay mas sencillo.

—¿Cómo?

—Penetrando uno de los dos en el edificio.

—Pero ni llevamos traje igual á los que ellos llevan, ni aun cuando así fuera, nos permitiria entrar el portero.

—Probemos.

—¿Los dos?

—No; entraré yo solo—dijo Miguel—para que tú observes desde afuera si ocurre alguna novedad en la calle.

—Corriente. Pero por si el portero, despues de abrir te prohibiese entrar, bueno será que lleguemos los dos para sorprenderle y sujetarle.

—Admitido.

Y Enrique y Miguel, cruzando de una

acera á otra, se acercaron á la puerta del edificio.

El segundo llamó con golpes suaves, y viendo que nadie respondia, empujó con suavidad la puerta que, con asombro de ambos, se abrió lo bastante para entrar un hombre.

—Nadie está—dijo Miguel metiendo la cabeza y registrando con la vista el interior:—sin duda duerme el portero, y se ha olvidado de echar el cerrojo.

—¡Magnífico!

—La fortuna nos favorece. Espérame afuera.

Y Miguel, volviendo á dejar la puerta como la habia encontrado, penetró en el edificio, mientras Enrique volvió á colocarse en la acera de enfrente para estar en observacion, protegido por las sombras.

Todo volvió á quedar en silencio.

El sereno seguia roncando.

El farol agonizaba.

La calle permanecia solitaria.

Y la luna se elevaba lentamente hácia el zénit bañando con su misteriosa luz las

elevadas torres de los templos y las magníficas azoteas, cubiertas de flores y de naranjos que adornan á la emperatriz ciudad.

Pero el tiempo pasaba y Miguel no parecia.

—¿Por qué tardará tanto?

Pensó Enrique, y volvió á esperar.

Los relojes de las iglesias sonaron media hora.

—¿Le habrá sucedido algo?—exclamó lleno de impaciencia por aquella tardanza.—  
¡Ah!... es preciso averiguar, salir de dudas.

Y Enrique, alarmado y resuelto á descubrir la verdad, penetró en busca de su amigo.

El patio estaba iluminado por la luz que se desprendía de un farol, á favor de la cual pudo observar que la casa tenia una hermosa, aunque lúgubre arquitectura gótica.

Por una espaciosa escalera de piedra, como son todas las de los edificios de México, y que apenas participaba de algun rayo ténue de la débil luz del farol, llegó á un ancho corredor, desprovisto de macetas,

que siempre tienen en tales sitios los mexicanos tan aficionados á las flores.

Enrique se detuvo allí por un momento, sin saber qué direccion tomar. Miró hácia todas partes con objeto de descubrir algo, y nada vió; aplicó el oido, y nada oyó.

Sorprendido de aquel abandono en que encontraba todo, se dirigió hácia un pasillo que comunicaba con una larga galería cuyo techo estaba sostenido por sólidas columnas de piedra.

Otro farol colocado al extremo de esta galería, y cuya amarillenta luz apenas se distinguia entre las espesas sombras que formaban las columnas, le sirvió de norte para poder continuar en sus pesquisas.

Enrique caminaba lentamente sobre las puntas de los piés, mirando hácia todas partes para no ser sorprendido.

Al llegar adonde estaba el farol, se encontró con una puerta cerrada, pintada de negro con una gran cruz blanca en medio.

A ambos lados de esta puerta, y clavados en la pared, se veian dos hermosos cua-

dros al óleo, representando uno á la libertad y el otro ó la justicia.

Si en circunstancias menos comprometidas se hubiese encontrado Enrique, no hubiera dejado de hacer alguna observacion satírica á la vista de aquellos objetos.

Su carácter epigramático, hubiera encontrado aplicaciones tan oportunas como exactas para resolver el significado que entrañaba el símbolo de la religion en aquel sitio, al lado de los objetos que mas preconizan todos los partidos.

Hubiera dicho que el agonizante farol indicaba los pocos instantes de vida que aun restaban á la justicia y á la libertad encarceladas; y que la cruz era el crucifijo que los hombres habian colocado en sus manos para que murieran como católicas.

Pero Enrique, en vez de detenerse en hacer reflexiones semejantes, no pensó mas que en encontrar á su amigo; y empujando la puerta con fuerza, penetró á un oscuro salon que retumbaba con el ruido de sus pisadas.

Nuestro valiente jóven se estremeció; pe-

ro avergonzado de su debilidad, siguió atravesando por en medio de las tinieblas, nuevos pasillos y cuartos deshabitados, cuyas paredes estaban descascaradas por el tiempo.

Una lámpara que distinguió próxima, reanimó su esperanza, y guiado por ella, llegó á una pieza algo mas aseada, pero solitaria como el resto del edificio que habia recorrido, y sin otro ajuar que unas sillas y una mesa, sobre la cual ardia la referida lámpara.

Su sorpresa aquí creció terriblemente, al notar que este gabinete no tenia comunicacion con ninguna otra pieza en donde pudieran hallarse su amigo y tantos otros que él mismo habia visto entrar en aquella casa.

Enrique calculó que las piezas que habia recorrido eran muchas para que pertenecieran á un solo edificio, á pesar de lo espaciaosas que son las casas en México.

Los varios corredores que habia atravesado le dieron á entender que eran dos edificios unidos.

Desesperado de lo infructuoso de sus

pesquisas, y viendo lo inútil que era permanecer allí por mas tiempo, se preparaba á volver por el sitio que habia traído, cuando sintió que el suelo se movia con sus pisadas.

Este incidente reanimó su corazón.

Un presentimiento de esos que se presentan al hombre en ciertas situaciones de la vida, le dijo que iba á encontrar á Miguel.

Separó, pues, la roida alfombra que cubria el piso, y vió una especie de tapa secreta que levantó con alguna dificultad.

Animado con este feliz descubrimiento, tomó la lámpara que iluminaba el gabinete, y descendió, lleno de valor, por una escalera en forma de caracol que le condujo á una espaciosa sala, cuyas pintadas paredes y cielo raso, contrastaban con el resto del edificio.

Dos candelabros de exquisito gusto, reflejaban sus resplandecientes luces en dos magníficos espejos de cuerpo entero.

En este salon se descubrian, enfrente de la puerta, multitud de asientos forrados de damasco encarnado que formaban un círculo casi entero.

Detras de ellos, y un poco mas elevados, estaban otros, cubiertos del mismo género; pero haciendo un círculo excéntrico al primero, dejando ver, en la parte que miraba al Oriente, un magnífico dosel de terciopelo carmesí.

Enrique se quedó absorto y perdido en mil pensamientos y conjeturas extraordinarias; pero muy poco estuvo entregado á sus reflexiones; pues nuevos objetos vinieron á herir su viva imaginación.

Sobre una mesa, cubierta con una carpeta de bayeta negra, que se hallaba enfrente del dosel, ardian tres velas de cera verdes, colocadas en los ángulos de un triángulo: dos grupos de espadas, formando cruces, estaban á sus lados, brillando sus limpias hojas con la luz que de aquellas recibian: un reloj de arena, en cuya ámpula no quedaban ya mas que algunos granos, se veian entre un tintero de plata y una campanilla del mismo metal; y sobre un libro abierto que parecia la Biblia, un Santo Cristo en el momento augusto de espirar.

Al contemplar en aquel sitio misterioso

y desconocido las agonías del Redentor del hombre enclavado en aquella cruz, sintió su corazón una opresión indecible: un pensamiento terrible vino de repente á enseñorearse de su imaginación, excitada por tantos y tan extraños objetos: el paradero de su amigo por cuya vida empezaba á temblar. Un sudor frío corrió por todos sus miembros á la idea de un sangriento fin, y al alzar los ojos para implorar el favor del cielo, solo encontró nuevos motivos de asombro y de terror.

Una horrible calavera, debajo de la cual se leían estas palabras: *Credo Domine*, fué el primir objeto que vió grabado sobre un escudo que estaba en medio del dosel; y en el círculo que formaba el expresado escudo, un cuadrado inscrito, en cuyo primer lado leyó estas palabras: *Fiat lux. Et facta est lux*; en el segundo, las siguientes: *Justitia et pax osculatae sunt*; en el tercero: *Deus est*; y en el último: *Virtuti et silentio*.

Enrique continuó observando, y vió que el dosel se levantaba en medio de dos elegantes columnas, en una de las cuales se

leía la inscripción siguiente: *Vide, auditate*, y en la otra: *Amor, honor et justitia*.

Dominando todas aquellas inscripciones, y como presidiendo aquel recinto, se descubría un compás, cuyos brazos abiertos y colocados hácia arriba, contenían estas tres iniciales: *T. H. S.*

En vano se afanaba Enrique en descubrir, por el sentido de aquellas palabras, el secreto que se ocultaba en aquel misterioso recinto; todas sus conjeturas iban á perderse en un caos de confusión.

Otro hombre cualquiera, hubiera temblado al mirarse solo en un lugar, que por mas de un motivo debía inspirar ideas terroríficas; pero en el ánimo de Enrique no cabía temor: era un jóven de un temple de alma heroico, que amaba los peligros.

¿Por qué, pues, retrocede de repente pálido y convulso á la vista de un objeto que descubre en el suelo?... ¿Por qué en sus ojos están pintados el espanto y el terror?... ¿Es que en aquel momento de prueba le empieza á faltar el valor que mas que nunca necesitaba?... No; su espanto reconoce

un origen mas noble, mas grande, mas generoso. Sus ojos están fijos en un rastro de sangre fresca que á la entrada de una puerta, que se encontraba cerrada, se veia; y la vista de aquella sangre le hace temer por la vida de Miguel, de cuya muerte se acusa ya.

Dominado por esta idea, y resuelto á descubrir la verdad y vengar á su amigo ó pe recer con él, cogió la lámpara que habia colocado sobre uno de los asientos, y se introdujo en el cuarto de donde venia la sangre, cuyas elevadas paredes y la escasa luz de la luna que penetraba por entre la reja de una ventana abierta en lo mas alto de ellas, le daba un aspecto lúgubre y aterrador.

Ningun mueble descubrió en aquella húmeda estancia, excepto un largo biombo que ocultaba una gran parte del cuarto.

Miró Enrique, con horror, este objeto, y se sintió yerto al verlo tambien enrojecido con sangre.

Extraviada terriblemente su imaginacion, juzgó aquel lugar como la mansion del crí-

men, y aquel lúgubre biombo la puerta del tormento que ocultaba mutiladas víctimas.

Estos pensamientos le causaron una sensacion extraña: deseaba y temia á la vez descubrir lo que ocultaba aquella débil barrera: deteníale el presentimiento de un horrible espectáculo; pero haciendo un violento esfuerzo, desvió el biombo, y vió detras de él un cádaver tendido en el suelo.

Enrique no pudo contener un grito de espanto, y acercó temblando la luz al rostro del desgraciado.

—¡No es él!...

Esclamó con alegría, despues de haber reconocido sus facciones, y viendo que el muerto vestia el mismo traje con que iban todos los que habian entrado en aquella casa.

El ruido de las pisadas de alguno que se acercaba, le hizo pensar á Enrique en lo comprometido de su posicion.

—¡Sin duda me han oido!

Pensó para sí; y se puso á mirar hácia el sitio en que se oian las pisadas.

No se engañaba Enrique.

La exclamacion que habia dejado escapar á la vista del cadáver, llegó á los oidos de los que estaban dentro del edificio.

Aun no acababa de reflexionar en la imprudencia de haber dejado escapar aquella exclamacion, cuando descubrió á un hombre, que, vestido de la manera misma que Fernando, cubierto el rostro con un antifaz, con una linterna en la mano izquierda y una pistola en la derecha, se acercaba aceleradamente hácia él.

Enrique conoció el peligro que le amenazaba; pero la vergüenza de huir, le detuvo en aquel sitio, y se preparó á sostener una lucha desigual, puesto que no llevaba él mas armas que su valor y su fuerza hercúlea.

El enmascarado, al acercarse, le apuntó y le mandó que le siguiera.

—¿Intentas quitarme la vida?—le dijo Enrique con imperturbable calma.—Pues quétamela aquí, porque yo no te sigo.

—No soy un asesino.

Contestó el enmascarado.

—¿No? ¿Pues y este hombre?

Advirtió Enrique señalando el cadáver.

—Era mi enemigo; nos batimos lealmente, y fué menos afortunado que yo.

—¿Ha muerto en desafio?

—Si aun dudas, puedes reconocerle, y hallarás que la herida es de espada, y que la recibió en el pecho.

—¿Y tantos hombres como he visto entrar aquí, han venido á presenciar un duelo?

—Al contrario: nadie sabe su muerte: ha sido un duelo sin testigos. Pero sígueme.

—Jamás.

—¿Tienes miedo?

—El haberte esperado sin huir, te prueba que no conozco el temor. Guíame á donde quieras.

—¿Detente, miserable!

Exclamó una voz detras del enmascarado que se encontró sujetado y desarmado al instante por una mano férrea.

—¿Miguel!

Dijo Enrique, fijando la vista en el que se habia apoderado del arma del enmascarado.

—¿Traicion!

Gritó éste á su vez.

—¡Calla, miserable!

Le interrumpió Miguel, apuntándole con la pistola; y viendo que temblaba, continuó:

—Condúcenos, si en algo aprecias tu vida, fuera de este recinto maldito: pero ten por seguro de que al menor movimiento que hagas para huir, te levanto la tapa de los sesos.

—Seguidme sin ningun temor.

Contestó el enmascarado echando á andar por delante de los dos amigos; y sin hallar ningun tropiezo, llegaron al espacioso zaguan que daba á la calle.

—¡Qué descuido!—añadió el mismo personaje al ir á abrir la puerta—estaba sin echar el cerrojo.

—Está como la encontramos.

Contestó Enrique.

—Por correr al desafio, me olvidé de mi deber. Pero salid, señores.

—Antes—replicó Enrique—dínos que casa es esta, y despójate de tu careta para que te conozcamos.

—Como ninguna de ambas cosas puede

mancillar mi honra—contestó el enmascarado quitándose el antifaz—vedme; soy el capitán Rossi, y este edificio la lógia de San Juan de York, á la que nadie que no pertenezca á ella puede entrar impunemente.

—¡La lógia de San Juan de York!

Exclamó Enrique sorprendido.

—Sí;—le contestó Miguel—el laboratorio de las intrigas y las persecuciones. Pero salgamos, que los momentos urgen.

Rossi abrió la puerta, y los dos amigos salieron á la calle admirados de lo que acababan de presenciar.